

EL ARTE COMO ALIENACIÓN EN LA TEORÍA MACUSEANA DE LA CULTURA

ROMINA CONTI
(CONICET - UNMdP)

Resumen:

El artículo propone una revisión de la teoría de la cultura de Herbert Marcuse, desde sus escritos tempranos hasta algunas tesis de sus últimas obras. La idea fundamental del texto es que la concepción del arte y la experiencia estética que el autor sostiene presenta elementos para una comprensión más compleja de su teoría de la cultura afirmativa y para la negación de la idea de su eliminación radical.

Palabras claves: arte – experiencia estética – cultura afirmativa – alienación

Abstract:

The article proposes a revision of the theory of the culture of Herbert Marcuse, from its early writings until some theses of its last Works. The fundamental idea of the text is that the conception of art and the aesthetic experience that the author maintains presents elements for a more complex comprensión of his theory of affirmative culture and for the negation of the idea of its radical elimination.

Keywords: art - aesthetic experience - affirmative culture - alienation

Introducción

En uno de sus textos acerca del legado intelectual de la Teoría Crítica, Axel Honneth señala que “si bien puede resultar difícil detectar en la diversidad de configuraciones de la Teoría Crítica una unidad sistemática, como un primer punto de unidad puede considerarse la partida de un negativismo relativo a la teoría social.”¹ Esa negatividad que los frankfurtianos perciben no debe medirse en términos de incumplimiento de justicia social, sino “en sentido lato por las violaciones a las condiciones de vida buena...”².

El análisis marcuseano de la cultura es, a grandes rasgos, un ejemplo claro de este negativismo. En los primeros años de su exilio³, Marcuse analizó la estructura socio-histórica de la cultura en su conjunto y escribió la siguiente drástica sentencia: “en la medida en que la cultura ha sido incorporada al pensamiento occidental como cultura afirmativa, la superación y eliminación del carácter afirmativo provocará la eliminación de la cultura en cuanto tal.”⁴ Sin embargo, muchos de sus trabajos posteriores habilitaron la identificación de algunos elementos transformadores del carácter afirmativo de la cultura.

En las líneas que siguen, intentaremos revisar esta afirmación a la luz de un análisis de la misma teoría en la que surge y evidenciar su sentido. La idea central que guía esta revisión es que son los mismos conceptos de la teoría de la cultura de Marcuse los que invalidan la idea de su eliminación. En este sentido, especialmente ciertos rasgos del arte y de la experiencia estética a él ligada.

Si la revisión es correcta, nos permitirá liberar a la teoría marcuseana de la sospecha de negar un tratamiento integral de la cultura eliminando los elementos no materiales de la misma⁵, pero –al mismo tiempo- dejará al descubierto la

¹ Honneth, A. “Una patología social de la razón. Acerca de legado intelectual de la Teoría Crítica”, en Gustavo Leyva (ed) *La Teoría Crítica y las tareas actuales de la crítica*, Antrophos editorial, México: UAM-Iztapalapa, 2005, pág. 447.

² *Ibidem*, loc. cit.

³ El ensayo *Acerca del carácter afirmativo de la cultura* se publicó en el primer tomo de *Kultur und Gesellschaft* en 1965, pero había sido escrito, junto con otros trabajos que allí se integran, entre 1934 y 1938 tal como el mismo Marcuse detalla en el prólogo de la obra mencionada.

⁴ Marcuse, H. *Cultura y Sociedad*, Trad. de Bulygin y Garzón Valdés. Buenos Aires: Ed. Sur, 1969, pág. 76

⁵ Al respecto puede verse la sección dedicada a la concepción de la cultura de Marcuse en Fernández, Marta y Barbosa, Susana. *Tendencias sociales y políticas contemporáneas*. Buenos Aires: Ed. Docencia, 1993.

presencia de un problema que atraviesa toda la teoría del cambio social de Marcuse y que puede sintetizarse en la pregunta acerca de cómo es posible trascender un orden unidimensional y afirmativo si, justamente por esto, no deja lugar para la negación efectiva. En el tema particular del que se ocuparan estas páginas, el problema mencionado se presenta en el hecho de que los elementos que posibilitarían la anulación del carácter afirmativo de la cultura aparecen como componentes esenciales del universo cultural incluso en la forma que éste adopta en el contexto del industrialismo.

El texto atravesará tres momentos centrales que nos permitirán identificar las características principales de la concepción marcuseana de la cultura y un cuarto momento que nos permitirá señalar el lugar del arte y la experiencia estética en esa concepción, para dar cuenta de su papel transformador en la dinámica de la negatividad crítica.

Autonomía, necesidad y valores

El punto de partida de la teoría marcuseana de la cultura aparece en el modo en que distingue y vincula los conceptos de civilización y cultura. Mientras que la cultura se refiere a “cierta dimensión superior de autonomía y realización humana”, la civilización remite siempre al reino de la necesidad, del trabajo y del comportamiento socialmente necesarios. De modo que es en la cultura de una sociedad determinada en la que residen los valores que constituyen algo así como los fines hacia los que tiende la sociedad. Esta distinción la resume Marcuse también en función de las implicaciones de cada registro: la civilización implica trabajo, necesidad y pensamiento operativo, mientras que la cultura implica tiempo libre, libertad y pensamiento no operativo. La civilización tiene que ver con nuestra naturaleza y la cultura con nuestro espíritu (*Geist*)⁶.

Aún así, se trata de dos órdenes que conforman una unidad, se trata del “todo de la vida social en la medida en que en él, tanto el ámbito de la reproducción ideal (cultura en sentido restringido, el “mundo espiritual”), como el de la reproducción material (la civilización) constituyen una unidad histórica,

⁶ Cf. Marcuse, H. “Notas para una nueva definición de la Cultura”, en Id. *Ensayos sobre política y cultura*, Trad.. J.R. Capella. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986.

diferenciable y aprehensible”⁷. Ambos órdenes aparecen así como opuestos en su direccionalidad pero mutuamente implicados. Marcuse sostiene que “la cultura aparece como el complejo de objetivos (valores) morales, intelectuales y estéticos que una sociedad considera que constituye el designio de la organización, la división y la dirección de su trabajo”.⁸

La naturaleza dialéctica de la relación entre civilización y cultura es lo que mantiene la crítica y la negación en el interior de la sociedad misma. El problema se presenta cuando, como ocurre en las sociedades derivadas del industrialismo, la cultura es incorporada al trabajo diario y al tiempo libre bajo el dominio general de la lógica del consumo. La tensión entre cultura y sociedad (siempre entendida en términos de civilización) se deshace ante esta incorporación que de-sublima los componentes del universo cultural eliminando el distanciamiento que posibilitaba la aparición de los valores de la cultura como un horizonte.

Cuando esto ocurre, la tensión que caracteriza el vínculo entre civilización y cultura, que bien puede traducirse en el vínculo (al interior de la sociedad) entre el orden dado y el posible, desaparece.

La satisfacción introyectada como rasgo de la cultura afirmativa

Marcuse rastrea las fuentes del carácter afirmativo de la cultura desde el pensamiento griego. La división entre lo funcional y lo necesario de un lado, y lo bello y placentero del otro, iniciada ya con Platón y Aristóteles, es el comienzo de un proceso que deja libre el campo para el materialismo de la praxis burguesa por una parte, y por otra, para la satisfacción de la felicidad y de los valores del espíritu en el ámbito exclusivo de la “cultura”. Aún así, Aristóteles no sostenía que lo bueno, lo bello y lo verdadero fueran valores universalmente válidos y universalmente obligatorios que, “desde arriba”, debieran penetrar e iluminar el ámbito de lo necesario, del orden material de la vida. Sólo frente a esta pretensión aparece el concepto de cultura, que –para Marcuse- caracteriza la *praxis* y la concepción del mundo burguesas.

⁷ Marcuse, H. *Cultura y Sociedad*, Trad. de Bulygin y Garzón Valdés. Buenos Aires: Ed. Sur, 1969, pág.49.

⁸ Marcuse, H. “Notas para una nueva definición de la Cultura”, en Id. *Ensayos sobre política y cultura*, Trad.. J.R. Capella. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986, pág. 85.

En la época de la burguesía insipiente se produce un cambio que afecta la estructura dialéctica de la relación civilización y cultura. El punto central es que ya no puede sostenerse, como en la Grecia clásica, que haya hombres destinados desde su nacimiento para el trabajo y otros para el ocio. La inmediatez que atraviesa la relación del individuo con el mercado, y que se funda en la mercantilización de la vida misma, se transplanta al orden espiritual impregnando de ese modo su relación con dios, con la belleza, con lo bueno y lo verdadero como valores sublimes. El proceso se da en ambas esferas, en la *praxis* material se separa el producto del productor bajo la forma del “bien” y en la *praxis* cultural se consolida la obra como de válida universalmente bajo la forma del “valor”.

Así aparece otro concepto de cultura que ya no tiene en cuenta la conformación de la unidad dialéctica que se mencionara más arriba, sino que abstrae el mundo espiritual de la totalidad social, elevando la cultura “a la categoría de un (falso) patrimonio colectivo y de una (falsa) universalidad. [...] De esta manera, se distingue entre cultura y civilización y aquella queda sociológica y valorativamente alejada del proceso social”.⁹

La traslación de la inmediatez a los valores de la cultura, su desublimación, es lo que permite el desarrollo de la cultura afirmativa que se presenta como una determinada forma histórica de la cultura. Lo principal en ella es que afirma un mundo valioso como obligatorio para todos (en tanto universal abstracto) que se desenvuelve en un orden por completo diferente al de la lucha por la existencia pero que puede ser alcanzado por cualquier individuo “en su interior” y sin necesidad de modificar sus condiciones materiales de vida.

Lo que Marcuse observa es que “civilización y cultura” no es simplemente una traducción de la antigua relación entre lo útil y lo gratuito, entre lo necesario y lo bello. “Al internalizar lo gratuito y lo bello y al transformarlos, mediante la cualidad de la obligatoriedad general y de la belleza sublime, en valores culturales de la burguesía, se crea en el campo de la cultura un reino de unidad y de libertad aparentes en el que han de quedar dominadas y apaciguadas las relaciones antagónicas de la existencia. De esa forma la cultura afirma y oculta la irracionalidad de las condiciones sociales de vida.

⁹ Marcuse, H. Cultura y Sociedad, Trad. de Bulygin y Garzón Valdés. Buenos Aires: Ed. Sur, 1969, pág. 50.

El carácter afirmativo de la cultura radica en esa capacidad para ocultar las condiciones de vida y ponderar un orden de igualdad, libertad y belleza abstractas que aparentan sopesar la desigualdad, el dominio represivo y la miseria del mundo de la praxis cotidiana. La cultura afirmativa se convierte así en la respuesta de la burguesía a las demandas acusadoras de las sociedades oprimidas utilizando la “libertad del alma” como composición o disculpa por la “servidumbre del cuerpo”.

Esta ocultación se hace posible porque los ideales de la cultura son trasladados al orden interno del individuo, ubicándolos en el terreno del alma y ya no del Espíritu en su sentido más complejo. De esto se sigue que la humanización característica de la cultura pretende darse por fuera de la realidad de la vida concreta. Marcuse tuvo en cuenta este proceso en su texto temprano,

La humanidad se transforma en un estado interno del hombre; la libertad, la bondad, la belleza, se convierten en cualidades del alma: comprensión de todo lo humano, conocimiento de la grandeza de todos los tiempos, valoración de todo lo difícil y de todo lo sublime, respeto ante la historia en la que todo esto ha sucedido. De una situación de este tipo ha de fluir un actuar que no está dirigido contra el orden impuesto. No tiene cultura quien interpreta las verdades de la humanidad como llamado a la lucha, sino como actitud. [...] De esta manera la cultura eleva al individuo sin liberarlo de su sometimiento real. Habla de la dignidad del hombre sin preocuparse de una efectiva situación digna del hombre. [...] Su reino es un reino del alma y el alma no tiene participación alguna en el proceso social del trabajo.¹⁰

El alma, en su concepción burguesa, posee algo así como un “animo conciliador” que le permite mantenerse inerte ante las injusticias del orden social concreto ya que canaliza los anhelos de libertad, igualdad y justicia hacia el orden abstracto y así crea la ilusión de plenitud y felicidad. Es esta idea de alma en la que se apoya fundamentalmente la cultura afirmativa. Desde allí puede anestesiar a los individuos, subsumiendo los fines a los medios en el mundo material. El avance técnico aumenta las posibilidades de administración incluso en este campo cultural y la desublimación se opera bajo la apariencia de una “democratización de la cultura”.

¹⁰ Marcuse, H. *Cultura y Sociedad*, Trad. de Bulygin y Garzón Valdés. Buenos Aires: Ed. Sur, 1969, pág. 56.

La *alta cultura* y su refutación por la realidad

Pese a la identificación de los elementos expuestos: pérdida de la relación dialéctica entre civilización y cultura, reemplazo del concepto de Espíritu (*Geist*) por el de alma, extensión de la cultura afirmativa mediante la técnica, la lectura marcuseana no está exenta de dificultades. El proceso de transformación de la cultura en afirmativa se basa también en la desublimación de los elementos que la componen. Ya en *Eros y Civilización*,¹¹ Marcuse había observado que existen modos represivos de desublimación. Frente a estos, los impulsos y objetivos sublimados contienen la negación y se dan con mayor libertad a la conservación de los tabúes sociales.

Para Marcuse la cultura tradicional, aún en la forma ideológica que adquiría ligada a la clase dominante, se constituía en un refugio o una barrera frente al totalitarismo. En el seno de la cultura tradicional o “alta cultura” se habilitaba un espacio de autonomía y de oposición que ahora queda clausurado. Esto era posible, precisamente, porque la cultura se desarrollaba distanciándose del universo del trabajo, de las necesidades y de los comportamientos socialmente útiles.

Estas características, que tienen que ver con la cultura tradicional y claramente “sublimada”, no pierden su realidad pese a que se reconozca (y Marcuse pone el acento en esto contra todo romanticismo), que para la mayor parte de la sociedad los “valores superiores” de la cultura estuviesen vacíos de contenido. Lo radicalmente nuevo estaba contenido en el modo de ser no operativo de los elementos de la cultura tradicional y es ese particular modo de ser el que invierte la potencialidad de esos elementos al ser traducidos en los términos del sistema. “La civilización toma, organiza, compra y vende cultura” (Marcuse, 1989:67), de modo que donde podía gestarse la negación hoy crece la afirmación.

La apertura del acceso a la cultura tradicional y a lo que Marcuse llama “sus auténticas creaciones” es una instancia superadora respecto de la restricción de los privilegios culturales a una elite definida históricamente por la riqueza. Sin embargo, “para preservar el contenido cognoscitivo de estas creaciones son

¹¹ Cf. Marcuse, H. *Eros y civilización*, Trad. García Ponce, Barcelona, Ariel, 1995.

necesarias unas facultades intelectuales y una conciencia intelectual que no son precisamente intrínsecos a los modos de pensar y de comportarse requeridos por la civilización predominante en los países industriales avanzados”, estos modos están para Marcuse ligados al conductismo y la operatividad, niegan el horizonte utópico¹² que la cultura superior encarnaba y a través del cuál se constituía como negación.

¿Qué es lo que se pierde en esta traducción de la cultura “superior” a la cultura de mercado?, básicamente el distanciamiento (extrañamiento) que posibilitaba la crítica, el horizonte de fines que requieren cambios en los medios para ser alcanzados, la diferencia en los modos de relación con los objetos del mundo y también, y sobre todo, el elemento racional necesario para el cambio cualitativo en la estructura social.

Incluso varios años antes de las tesis sobre la industria cultural¹³, el problema de la cultura de masas aparecía como una cuestión compleja. Bastaría recordar los análisis de Kracauer, Benjamin o Adorno para notar que se trata de un fenómeno que requiere un nuevo análisis profundo, pero Marcuse no aborda ese problema en sí, sino que analiza de qué modo se pretende asimilar la cultura tradicional o alta cultura a la cultura de masas. Para el autor, lo que se presenta no es una suerte de deterioro de la alta cultura que se transforma en cultura de masas, sino la refutación de esa cultura por la realidad.

La sublimación de la cultura tradicional conservaba los aspectos ajenos y trascendentes de esa cultura, que se constituía como una dimensión *otra* de la realidad. De modo que, para Marcuse, la liquidación de esa cultura bidimensional tiene lugar a través de su incorporación total al orden establecido, mediante su reproducción y distribución en una escala masiva. Este tipo de invalidación no niega ni rechaza los “valores culturales”, sino que los banaliza. “La absorción administrativa de la cultura por la civilización es el resultado de la orientación

¹² Cabe aquí recordar que Marcuse ha especificado su concepción de la utopía como un concepto histórico referido a los proyectos de transformación social que se consideran irrealizables y ha reservado la idea de irrealizabilidad sólo para aquellos proyectos que “entran en contradicción con leyes científicas comprobables y comprobadas”. Cf. Marcuse, *El final de la utopía*, Barcelona, Ariel, 1968.

¹³ Cf. Adorno y Horkheimer, “La industria cultural”, en *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

establecida del progreso científico y técnico, de la creciente conquista del hombre y de la naturaleza por los poderes que organizan esta conquista.”¹⁴

Lo que observará entonces y retomará años más tarde es la naturaleza engañosa de esta aparente “democratización” de la cultura. No se trata de un aumento de la cantidad de individuos que aprecian y comprenden ese universo de valores y las obras que los encarnan, no se trata de una ampliación de la base social que accede a esa cultura antes exclusiva de una elite. La asimilación de cultura y sociedad es para Marcuse históricamente prematura y por esto, junto con los privilegios de la sociedad aristocrática, elimina el contenido de la cultura tradicional.

El hecho de que las verdades trascendentes de las bellas artes, la estética de la vida y el pensamiento fueran accesibles sólo a unos cuantos ricos y educados era la culpa de una sociedad represiva. Pero esta culpa no se corrige mediante libros de bolsillo, educación general, discos de larga duración y la abolición de la etiqueta en el teatro y la sala de conciertos. Los privilegios culturales expresaban la injusticia de la libertad, la contradicción entre ideología y realidad, la separación de la productividad intelectual de la material; pero también proveían un ámbito protegido en el que las verdades prohibidas podían sobrevivir en una integridad abstracta, separadas de la sociedad que las suprimía.¹⁵

La alta cultura se afianzaba sobre una estructura de privilegios sociales, se encontraba sublimada representando un orden distinto al de la vida cotidiana y la comprensión general. En esta parcelación conservaba el juego dialéctico con el resto de la cultura entendida en el primer sentido de totalidad. Pero su “democratización” ilusoria, que sólo extiende su “oferta” pero no las condiciones de percepción de su complejidad, produce la unificación de los opuestos y la transforma en afirmativa.

Así, la alta cultura es víctima de lo que Marcuse llama una “corrosión tecnológica” que afecta su carácter trascendente. “Las obras que anteriormente aparecían sorprendentemente apartadas de y contrarias a la realidad establecida han sido neutralizadas como clásicas, de este modo ya no mantienen su alienación de la sociedad alienada”.¹⁶

¹⁴ Marcuse, H. “Notas para una nueva definición de la Cultura”, en Id. Ensayos sobre política y cultura, Trad. J.R. Capella. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986, pág.89.

¹⁵ Marcuse, H. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Trad. A. Elorza, Barcelona: Ariel, 2005, pág. 94.

¹⁶ Marcuse, H. “Notas para una nueva definición de la Cultura”, en Id. Ensayos sobre política y cultura, Trad. J.R. Capella. Barcelona: Planeta-Agostini, 1986, pág. 69.

Sin embargo, el mismo Marcuse reconoció luego que cierto carácter formal del arte (como uno de los componentes centrales del universo cultural), aparecía irreductiblemente ligado a la otredad, esto es, implicaba otra visión del mundo sin ser afectado por la lógica que pretendía asimilarlo. Al igual que su maestro, Marcuse parece acordar con Hölderlin, en que “allí donde crece el peligro, crece también lo que salva”.

Arte como alienación y experiencia estética

Es indudable, desde el inicio, que por debajo del análisis de la cultura de Marcuse aparece claramente la aspiración humana a la felicidad¹⁷, esto es lo que lo incluye sin duda en la aguda observación de Honneth que citábamos al inicio. Sólo teniendo en cuenta esta base, se comprende su afirmación de que en la cultura de residen los valores que constituyen los fines hacia los que tiende la sociedad. Para el autor, “la cultura debe hacerse cargo de la pretensión de felicidad de los individuos”.¹⁸ Pero la aspiración de felicidad aparece como un peligro en un orden que proporciona a la mayoría penuria, escasez y trabajo, sólo internalizando esas exigencias en el “alma” a través del dominio cultural, puede ocultarse que la satisfacción de los individuos se presenta como la exigencia de una modificación real de las relaciones materiales de la existencia y de una reorganización del trabajo y del placer.

Pero pese a las dificultades de la democratización ilusoria de la cultura, existe un elemento que mantiene y reserva la fuerza de la negación en la cultura. Su alcance es limitado, sólo por momentos evidencia la realidad del orden aparente, pero sin embargo, es irreductible a él. En los textos posteriores a aquel ensayo de los treinta, Marcuse trabaja sobre este elemento, el arte y la dimensión estética del hombre, desde una posición más crítica y menos pesimista que la que aparece en *Acerca del carácter afirmativo de la cultura*.

Al menos desde *Eros y Civilización* en adelante, Marcuse ve en el arte ese espacio de resistencia de las verdaderas necesidades humanas que no tienen que ver ya con el rendimiento y la eficacia sino con modos de ser y de

¹⁷ Cf. Marcuse, *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires, Sur, 1969.

¹⁸ Marcuse, H. *Cultura y Sociedad*, Trad. de Bulygin y Garzón Valdés. Buenos Aires: Ed. Sur, 1969, pág. 54.

relacionarse con el mundo que presentan una gran distancia respecto a los modos cosificados y cuantificados de relación. Aún así, esto no le impide ver que en el orden establecido, el arte ha sido reducido a un espacio marginal en el que también cumple una función para el sistema: canalizar la necesidad de liberación del placer y generar la ilusión de plenitud.

Así, la forma verdadera del arte, que es la que puede trascender hacia la transformación social, se encuentra “velada” en el orden actual. “Como parte de la cultura establecida, el arte es afirmativo puesto que respalda esa cultura; pero en tanto alienación respecto de la realidad establecida, el arte es una fuerza negativa”.¹⁹ Aquí se explicita claramente la concepción marcuseana: más allá del grado en que los valores dominantes o los estándares del gusto determinen al arte, el siempre será “más que y distinto de” el entretenimiento y el embellecimiento de lo existente porque revela siempre lo que aparece silenciado y velado en la vida cotidiana.

Para Marcuse, es la sublimación del arte lo que representa la condición ontológica propia de su forma, no se trata de un proceso interior del artista sino que, como sostiene en *La dimensión estética*: “El mundo del arte es el de otro principio de realidad, el de la enajenación, y sólo como alienación realiza el arte una función cognitiva: informa de verdades no comunicables en ningún otro lenguaje; contradice, en definitiva.”²⁰ Esa alienación que le posibilita al arte “nombrar lo innombrable” es posible sólo en la sublimación y por eso ésta constituye la condición ontológica propia de su forma y se convierte en condición de posibilidad del quiebre con la desublimación represiva propia de la cultura afirmativa y, por lo mismo, en condición de posibilidad de la transformación social.

Desde luego que no se trata de un proceso simple, Marcuse asume que el arte no puede cambiar el mundo, pero considera que tiene un papel imprescindible a la hora de transformar la conciencia y los impulsos de “los hombres y mujeres capaces de cambiarlo”. Todo aquello que aparece velado en las sociedades contemporáneas, por el dominio de la técnica, la internalización de los valores culturales y la satisfacción creciente de las necesidades impuestas por el sistema mismo, resiste en el arte de un modo particular ligado a su forma. En

¹⁹ Marcuse, H. “El arte como forma de la realidad”, en *New Left Review*, nro. 74, año 1972, pp. 51-58, Trad. José Fernández Vega. Versión digital del sitio web oficial de H. Marcuse, pág. 3.

²⁰ Marcuse, H. *La dimensión estética, crítica de la ortodoxia marxista*, Trad. y Edición de J.F. Yvars, Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, pág. 63.

ella hay un potencial que aún no ha podido ser eliminado y cuya puesta en acto, aunque no puede ser autónomamente realizada, constituye una suerte de “principio de esperanza”.

Las fuentes del potencial político radical “se encuentran ante todo en la peculiaridad erótica de la belleza que persiste pese a cualquier transformación en el “juicio de gusto”. Pertenciente al dominio de de Eros, la belleza representa el principio de placer. En consecuencia, pues, se alza contra el principio de dominación que prevalece en la realidad”.²¹

En esta misma línea continuaba observando en *El hombre unidimensional*:

Ritualizado o no, el arte contiene la racionalidad de la negación. En sus posiciones más avanzadas es el Gran Rechazo, la protesta contra aquello que es. Los modos en que el hombre y las cosas se hacen aparecer, cantar, sonar y hablar, son modos de refutar, rompiendo y recreando su existencia de hecho. Pero estos modos de negación pagan tributo a la sociedad antagonista a la que están ligados. Separados de la esfera del trabajo donde la sociedad se reproduce a sí misma y a su miseria, el mundo del arte que crean permanece, con toda su verdad, como un privilegio y una ilusión.²²

Como observamos antes, esa separación se produce a través de la internalización de la cultura, de ese modo, el universo de valores culturales queda restringido a su realización en el alma del hombre y alejado del mundo material. La cuestión está ahora en el hecho de que, aún así, exista un elemento en esa cultura afirmativa que se niega a transformarse por completo.

La experiencia estética que el arte habilita posee, también para Marcuse que es un gran lector de Kant, la posición mediadora por excelencia. De este modo, y desde la estética marcuseana, el arte no puede circunscribirse únicamente al terreno de lo trascendente porque pertenece también al de lo material-concreto, incluye la sensualidad del hombre, atraviesa su corporalidad. De modo que esa doble participación del arte sigue manteniendo, aunque débilmente, la unión de lo diferenciado en su oposición primordial. El orden natural y el espiritual se encuentran y demuestran sus incongruencias respecto de la realización efectiva de la felicidad humana que en la cultura aparece como un horizonte.

²¹ *Ibidem*, pág. 103.

²² Marcuse, H. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Trad. A. Elorza, Barcelona: Ariel, 2005, pág. 93.

El arte en la cultura. Algunas notas finales

En los apartados anteriores hemos tratado de sintetizar brevemente los elementos de la teoría marcuseana de la cultura y, en especial, aquellos que se encuentran implicados en el problema planteado al comienzo. Para explicitar la revisión a la que hacíamos referencia comenzaremos por retomar la sentencia de Marcuse: “en la medida en que la cultura ha sido incorporada al pensamiento occidental como cultura afirmativa, la superación y eliminación del carácter afirmativo provocará la eliminación de la cultura en cuanto tal”. Esta frase, y a la apelación de Marcuse a la liberación de los sentidos respecto del orden del alma, han sido interpretados en el sentido de una apelación a un tipo de cultura que podría denominarse “material”. Así, Fernández y Barbosa se preguntan “si, al cambiar el énfasis de uno de los polos antinomizados, Marcuse no está también negando un tratamiento integral de la cultura, pues también los valores, el bien, la belleza, la felicidad y todo lo que no es material, pertenecen al área de la cultura”.²³

Dicha crítica parece suponer que Marcuse pretende restringir los aspectos culturales a aquellos que puedan tener un anclaje material en la estructura sensual de los individuos. Si bien es cierto que en Marcuse el reclamo de la liberación de los instintos humanos y la sensualidad plena del hombre es muy importante, en su análisis de la cultura ha podido evidenciarse que es justamente el carácter no material de los valores lo que los habían mantenido históricamente en una esfera de oposición.

Cuando Marcuse se refiere a la “eliminación” de la cultura, no puede estar refiriéndose a la supresión de todo componente no material. En lo que está pensando es en un regreso al dominio del *Espíritu*, y en el abandono de la esfera del alma, la cultura como “el alma de la civilización” es lo que deberá ser eliminado. La concepción de la cultura como espíritu implica un regreso a su esencia dialéctica, hegelianamente, el espíritu no hace referencia a uno de los polos de la tensión, sino que se compone de ambos.

²³ Fernández, M. y Barbosa, S. *Tendencias sociales y políticas contemporáneas*. Buenos Aires: Ed. Docencia, 1993, pág. 145.

Por otra parte, la fuerza utópica que radicaba en la cultura como horizonte de valores, radicaba justamente en su inmaterialidad, en su falta de concreción que es parte integrante de su naturaleza sublimada. Por esto Marcuse señala, tal como quedó de manifiesto en la segunda sección, que es la desublimación la que permite el desarrollo de la cultura afirmativa.

Esto no significa en modo alguno que la teoría marcuseana de la cultura no presente grandes problemas, pero no sería lícito acusar a Marcuse de aquello mismo que él está denunciando. Sobre la base de su propuesta, o del mínimo recorte de ella que aquí se ha presentado, puede ser comprendido el sentido en que se refiere a la “eliminación” de la cultura, tal como el mismo autor afirma: en la medida en la que ha sido incorporada como cultura afirmativa. Esa medida es la del “alma” (y en ella de la internalización excluyente de esos valores), y de la desublimación que la técnica ha posibilitado a través de su alcance masivo.

Pero aunque sea posible recuperar la teoría de Marcuse de la crítica mencionada, existen en ella varias dificultades. Tal vez una de las principales se presenta, como señalamos en las primeras líneas en las posibilidades concretas de esa eliminación, ahora entendida en otros términos. Si en el orden establecido, el arte se encuentra absorbido por lo que Marcuse llama la cultura afirmativa, ¿de qué modo puede “alzarse” contra el principio de dominación?, ¿de qué manera puede el arte liberar su potencial y quebrar el carácter afirmativo si está recluido al ámbito de lo inefectivo?

Aún con todos estos interrogantes a la vista, el recorrido realizado nos permite señalar que los parámetros del problema marcuseano de la cultura convergen de un modo singular e inevitable en el tema de la experiencia estética del arte, del mismo modo en que convergen allí muchos otros problemas de la teoría general de Marcuse y en particular los de su propuesta de cambio social. De una u otra forma, y en los nudos más arduos de su pensamiento, Marcuse pone a la dimensión estética y al arte como tal en el centro del mundo político y de la posibilidad del cambio social.

Sobre el final del ensayo de 1972, Marcuse nos ofrece palabras contundentes: “El arte es trascendente en un sentido que lo distingue y lo separa de toda realidad cotidiana que podamos concebir. [...] Las artes conservarán por lo tanto formas de expresión que les correspondan, una belleza y una verdad

antagónicas con las de la realidad”.²⁴ Esta es la alienación del arte que Marcuse ve como una promesa. es en sus formas, en las que reside un genuino elemento de rebelión que augura las posibilidades de una transformación que abarque a la cultura entendida como “el todo de la vida social”.

²⁴ Marcuse, H. “El arte como forma de la realidad”, en *New Left Review*, nro. 74, año 1972, pp. 51-58, Trad. José Fernández Vega. Versión digital del sitio web oficial de H. Marcuse, pág. 8.